

HISTORIA, NACIÓN Y NACIONALISMO

Entrevista realizada por Joseba Intxausti
al historiador
PIERRE VILAR

Conociendo su larga dedicación, vital e intelectual, a la Historia de la Península, cerca siempre de los grandes problemas que ha vivido la misma, puede ser oportuno recordar para el lector cómo llegó Ud., en su elaboración de la Historia social, a interesarse más específicamente por la Historia “nacional” de los pueblos.

Bien. Puedo evocar —con una pizca inevitable de nostalgia—, por una parte, mis raíces originales de la Occitania natal, levemente entrevistadas o veladas en mi infancia, y por otra, las décadas de trabajo del profesional historiador empeñado en desvelar los entresijos de otro pueblo igualmente silenciado en el “ranking” de los Estados-nación: Cataluña. La cartografía política no les ha sido ciertamente acogedora.

Mis andanzas de historiador, ya más lúcido, así como mi presencia personal, algo veterana ya, en Euskal Herria, han avivado en mí una sintonía más vigente y sensible al “hecho nacional” de los pueblos.

Vengo desde la “experiencia” de la Historia de Cataluña, una comunidad etno-lingüística nacional cuya Historia social me es familiar (y con alguna más breve incursión en la vasca). Las consideraciones metodológicas o epistemológicas nacidas a la luz de aquella

Historia pueden ser útiles y esclarecedoras, pero ciertamente su aplicación mecánica a otra nacionalidad podría pecar frontalmente contra los propios principios que desearía diseñar aquí. Por lo mismo, no me atrevería a trasponer directamente a Euskadi los resultados de aquellas reflexiones, ya que me temo que mi conocimiento del País Vasco no alcance la profundidad que requeriría el caso. Entiéndase, pues, esta conversación como un mero aporte de instrumental de trabajo, acompañado de leves apuntes, referidos al País, que todo lo más servirán como primeras sugerencias orientadoras.

Para entrar en el tema, me atrevería a sugerirle un problema de base sobre el que Ud. ha escrito páginas de evidente interés: me refiero a la inadecuación que percibe el historiador entre su instrumental de conceptos prefabricados, y las realidades históricas cambiantes que persigue con ahínco. ¿Es posible realmente el conocimiento histórico?

Alguna vez, sirviéndome precisamente de la pluma de un pensador vasco, he resumido del siguiente modo este problema quicial, aunque no necesariamente exclusivo, de la historiografía “nacional” de los grupos etno-culturales: “No se sabe bien lo que de sí puede dar la conjunción espontánea y libre de elementos honda y puramente históricos con elementos conceptuales”.

En 1896 Miguel de Unamuno expresaba así, en una frase que me encanta por la forma ingenua de su confesión, las dificultades que

entraña un análisis de este género. Pues, en definitiva, se trata de la posibilidad de conciliar lo que parece un “concepto” (Països Catalans, Occitania, Euskadi, y, si se quiere, incluso “Europa” u “Occidente”: conceptos, por otra parte, no neutros) y lo que puede ser, gracias al esfuerzo de un historiador, una *definición por la historia*. En efecto, “no se sabe bien...”, por qué el concepto *inmoviliza*, en tanto que la historia es cambio. Platón había ya indicado la mayor dificultad *de toda investigación científica*: ¿cómo *estudiar* lo que no ha sido *definido*? ¿se puede *definir* lo que no ha sido *estudiado*? El honor del historiador consiste en superar ese sofisma, que contrapone, de forma absoluta, “concepto inalterable” a “realidad constantemente cambiante”, en un dominio particularmente complejo, el de las comunidades “*etno-culturales*”, donde los hombres bien quisieran percibir *estabilidades*, mientras observan en el mismo *mutaciones* incesantes.

En el fondo, estos interrogantes de toda epistemología cuestionan también la “*historia nacional*”, pues toda ciencia, y por ende la histórica, ha de caminar desde la hipótesis a la realidad, y retornar, inevitablemente y por exigencia de método, de la realidad a hipótesis permanentemente mejorables.

Unamuno escribía esas líneas a propósito de la distinción que descubría entre “*patria-concepto*”, abstracción que intentan imponer los grandes Estados sobre el territorio que les han dado los *acontecimientos* (la “*condenada historia*”), y por otra parte la “*patria-intuición*”, salida no de los acontecimientos enfáticamente enunciados, sino de los hechos profundos de la “*intra-historia*”, que asignan a cada hombre *una pertenencia*.

En la ineluctable utilización de vocablos, fieles reflejos de contenidos conceptuales abstractos, ese instrumental de análisis se resiente fácilmente de inadecuación a la realidad histórica, pues en tal empeño se trata siempre de captar *problemas históricos concretos*. El estudio histórico de los “hechos nacionales” no se sustrae tampoco a esta dificultad que conlleva consigo el quehacer historiográfico.

Pues, sí, en el estudio de un grupo humano, como en toda ciencia, encontramos un obstáculo primero: ¿es observable lo indefinido? ¿cómo definirlo antes de haberlo observado? La dificultad puede ser resuelta gracias al buen uso del pensamiento dialéctico. Pero éste pide no *denominar* o designar el objeto de observación demasiado cerca de su origen, y no *encerrarlo de entrada* en un concepto. Denominar “nación” España, Cataluña o Francia desde los inicios de la Historia (o desde la Prehistoria) es dar por resuelto el problema que precisamos plantear.

¿Cómo podría Ud. sintetizar, de forma menos conceptual y más plástica, ese problema de identidad cambiante?

Un grupo nacional no es un objeto dado anticipadamente. Yo me atrevería a describirlo como un bloque de materia bruta propuesto al escultor.

Eso no se “fabrica”: Se *modela*. En cada episodio creativo se encuentran en el vocabulario político las *palabras* “hacer la nación”,

“hacer la patria”, “hacer país”. El “hecho nacional” debe ser entendido menos como *concepto* que como *proyecto*. Una “nación” no es un objeto acabado, una figura estereotipada, una imagen definida. Sin embargo, no es un no-ser, una realidad por crear.

Para el historiador se trata de llegar a conocer el *cómo* multiseccular de ese proyecto en proceso, para al fin desembocar en por qué una comunidad humana termina por ser definida como “nación”, es decir, un colectivo humano basado en una *permanencia de relaciones concretas*, capaz de desembocar a largo plazo en un *patrimonio cultural* caracterizado. Y la subsiguiente toma de conciencia de esta caracterización comunitaria supone que el hecho nacional es también una creación del grupo mismo. Incluso su destino político depende del hecho y fuerza de su afirmación. Así se funda, históricamente, una *comunidad estable*.

Parece que los historiadores luchan por el ideal de un conocimiento de la realidad social en su globalidad: ¿Cómo deberíamos abordar con ese contexto, el estudio de cualquier “hecho nacional”?

En la tarea apasionante de comprender mejor los “hechos nacionales”, excitantes y perturbadores en ocasiones, parece que no debemos renunciar al ya veterano sueño de la *historia total* que tuviera en cuenta las realidades hasta las más concretas y, si hace falta, el arte más abstracto, y que evocase los individuos al mismo tiempo

que las clases, porque una “nación” es la resultante, como la propia vida, de las contradicciones mismas de sus elementos.

Naturalmente, no son triviales las dificultades de tal empresa: al contrario, la misma complejidad del “hecho nacional” viene a sumar obstáculos suplementarios, cuando el historiador intenta considerar tal hecho en toda su globalidad temporal y social. El análisis de las comunidades “nacionales” (no necesariamente “estatales”) nos lleva de la mano a contemplar la importancia de hechos *estructurales* (geografía, demografía, uso social de la lengua...), la eficacia de los hechos *coyunturales* (cambios de ritmo, solidaridad...), la presencia de *realidades* de clase en el seno del hecho nacional... Todo ello apunta hacia el complejo y variante entramado a que debería apuntar una historiografía responsable y actual, para evitar fáciles manipulaciones conceptuales de la Historia de los pueblos. Porque de ellos se trata: de pueblos que a lo largo de los siglos se nos ofrecen caracterizados por su singularidad etno-cultural, tozuda y persistente.

¿Cómo reaccionaría Vd, desde su perspectiva de historiador, ante lo que suele designarse “caso nacional” de tal a cual pueblo?

La complejidad cambiante de los “hechos nacionales” alude, en última instancia, a realidades y evoluciones profundas de la personalidad etno-cultural del grupo. Cuando cualquier colectivo de esos es considerado como un “caso (“caso catalán”, “caso vasco”), mi re-

flexión al respecto suele arrancar desde una afirmación primaria: si el “caso” existe, es que nos encontramos ante un hecho que no carece de *fundamentos objetivos*. Estamos ante una comunidad caracterizada por rasgos propios de los que ha tomado, además, conciencia.

Parece que ante tales “casos” surge, entre escritores y analistas sociales, la pregunta de la inteligibilidad o no de los mismos. ¿Qué podría Ud. señalar al respecto?

El historiador puede ofrecer una hipótesis de trabajo: el cambio social e individual operado desde aquellos fundamentos hasta la nueva conciencia colectiva es un fenómeno inteligible, aunque su análisis no resulta fácil, ni frívolamente hacedero. Otra cosa es que lo sea sólo por el acontecer puntual o epidérmicamente reciente.

En efecto las comunidades etno-culturales comportan una trama profunda (socialmente extensa y temporalmente pertinaz) de relaciones intracomunitarias que tiende a sobreponerse al acontecer más o menos inmediato. La derrota de un “momento”, incluso secular (por ejemplo, la latinización en la romanización), no impide siempre el éxito de un *substrato* previo que genera formas decididamente distintas (la Rumania que ya no habla latín, por ejemplo). Así pues, la constatación de estas largas y obstinadas permanencias debería, en principio, desaconsejar a los historiadores ofrecer acerca de los “casos nacionales” diagnósticos apoyados en la espuma de acontecimientos o desarrollos excesivamente cortos o superestruc-

turales. No debemos olvidar, en definitiva, que la “racionalidad” de la larga duración es, al menos, tan “real” –creo que, desde luego, más radical– como la del evento instantáneo, mas explícito y brillante.

¿Existe una perspectiva metodológica que pueda facilitar un acercamiento más fecundo a la historia de un “hecho nacional”? ¿Cómo buscar lo “duradero” y lo “coyuntural” en el correr de la Historia de una nación?

En el estudio global del “hecho nacional”, una metodología cuidadosa debería atender, preferentemente, entre los rasgos de más larga vida a aquellos que nos permitieran entender mejor la singularidad, porque son precisamente estos rasgos los que nos vuelven comprensible aquel hecho nacional. Si, por ejemplo, evocamos la “*Catalonia* románica”, buscaremos en aquel núcleo primitivo, del siglo X al XI, un cierto estilo de vida, una cierta “cultura” que ya lo diferenciaba de lo “francés” y de lo “español”, para esclarecer en génesis y embrionariamente (si se me permite esta metáfora biológica) la diferenciación “nacional” de los Países Catalanes. Auscultar la vida de las generaciones que avanzan, a lo largo de los siglos, desarrollando una originalidad colectiva (acumulada y crecientemente fecundada con el esfuerzo propio y los estímulos exteriores), es una tarea de estudio que debe contemplar no sólo los momentos privilegiados o estelares de una nación, sino también la concretez de lo

cotidiano y las penosas condiciones de vida de las clases más explotadas. Porque, evidentemente, todas ellas (clases dirigentes y pueblo de a pie) han contribuido a dar en cada momento forma histórica al “hecho nacional”

Gracias a la tarea, empeñada e ininterrumpida, del colectivo, el “hecho nacional” adquiere una solidez de que no la podría dotar la mera acción individual o elitista. Por ello la comunidad etno-cultural incluso puede mostrar en circunstancias históricas adversas una capacidad de resistencia y desarrollo que sorprende al espectador extraño y menos informado. Esta fue, por ejemplo, mi experiencia ante la vitalidad de la cultura catalana que, en los años veinte, se veía obligada a sobrevivir sumergida bajo las manifestaciones de la cultura oficial, dominante y opresiva. Era una situación llena de contradicciones, pero que incubaba una realidad presente y potencial que se manifestaría con fuerza pocos años después. Las fundamentales vivencias etno-culturales de una “nación” no se improvisan, más bien vienen de lejos; puede sorprenderles cualquier duro estiaje, pero el manantial ancestral tiende (aunque no siempre con éxito) a aflorar de nuevo aguas abajo de la Historia.

Esta perdurabilidad del “hecho nacional” de las comunidades etno-culturales tiene, como dice, sus fundamentos en realidades también de carácter duradero y persistente. Sin pretender ser exhaustivo, ¿podría Ud. aludir aquí a aspectos que contri-

buyan a caracterizar una comunidad “nacional”?

En primer lugar, subrayemos el *horizonte espacial*, con los datos físicos de su geología y geografía, que puede dar lugar a economías y formas de vida diversas y/o complementarias. Pero por encima del condicionante físico. ¡qué historias tan matizadas!: Recordemos la indudable vocación marítima de Cataluña y Euskadi, ambas marineiras pero con un “hinterland” y unas realizaciones históricas tan diversas en su proyección efectiva al mundo de la mar. Decir que la cultura catalana es “mediterránea” (o que la vasca sea, al menos en parte, “atlántica”) puede ser una banalidad: pero no hay nada más indispensable que tener en cuenta las verdades primeras.

Pero el “hecho nacional” no se agota en su geografía; si se quiere, más bien comienza desde ella: Toda “nación” se nos presenta, sobre todo, como un *hecho cultural*. Aún a sabiendas de que ya disponemos de más de doscientos de definiciones abstractas de “cultura” (Krober, Kluckhohn), el historiador está obligado a salir, en cada caso, en busca de una nueva, que sea, en verdad, cincelada *por la historia*. Esta comprensión concreta de las realidades comunitarias en el tiempo viene a ser la faena apasionante del historiador. La “Cataluña-refugio” del Pirineo, la “Cataluña-paso” de los corredores interiores, paralelos a la costa, o la Cataluña marítima, en toda su diversidad, han modulado y perpetuado en la Historia, a pesar del vaivén de las invasiones, una unidad lingüística apoyada sobre la permanencia de relaciones concretas, y capaz de desembocar, a largo plazo, en un patrimonio cultural común. Así se funda, históricamente, una comunidad estable.

Mas preguntémonos también qué significa en realidad ese “patrimonio cultural común”. Sirviéndonos esta vez de una fórmula de André Malraux, podemos arrancar esta reflexión definiendo la cultura como “el conjunto de las realizaciones que tienen en común este carácter a la vez sorprendente y simple: el de ser las realidades que se han escapado a la muerte”. Y con ello podemos entender, está claro, el patrimonio humano común, la cultura universal. Pero también podemos buscar en cada uno de nosotros, y en torno nuestro, lo que presenta este mismo carácter de *sobrevivido*, menos universal pero más accesible, como elemento de *un* horizonte, como reencuentro de *un* hecho cotidiano, como expresión de *una* lengua materna. Es en este sentido en el que podemos buscar las aportaciones de los diversos momentos de la historia a la cultura de cada “nación”, cultura definida en el caso catalán o vasco, por ejemplo, como *pasado aún viviente*.

Me parece que aquí sería necesario precisar una cosa: *nada* debe ser eliminado de esta herencia. La obra elaborada de literatura o de arte, que parece que sólo puede seducir a élites reducidas, no ha de ser rechazada a priori como incapaz de llegar a ser “popular”. Y la canción más vulgar, si entra dentro de la vida cotidiana de las masas, no ha de ser menospreciada. En una palabra, no creo que sea necesario optar entre una “cultura” en el sentido sociológico (actitudes y hábitos comunes al número más grande de gente) y una “cultura” en el sentido intelectual de selección de los valores. De hecho el tiempo confirma a menudo que el arte más refinado no alcanza el verdadero éxito si no se inscribe en una filiación accesible a todos.

Mientras que, inversamente, el vestido y la danza populares traducen creaciones cortesanas. Del mismo modo, unos valores culturales social e ideológicamente *en conflicto*, por el hecho de que su misma contradicción, en un momento dado, ha constituido la historia, son parte de una misma herencia. Hoy lo sabemos: la única verdadera “lección de la historia” es la *unidad de los contrarios*, que también se da en la historia de las “naciones” en su doble vertiente de síntesis sucesivas, logradas pero superadas, y de pluralidad compleja y/o contrapuesta.

Entendido lo “nacional” como hecho verdaderamente “histórico” con niveles de realidad y ritmos de desarrollos distintos, ¿en qué consistiría el problema básico al tratar de examinar ese dinamismo de lo “nacional”?

En el dinamismo histórico que caracteriza a todo hecho social, el “hecho nacional” (= sustrato material con una conciencia común) debe ser entendido -ya lo he apuntado antes- como fenómeno de larga duración, como estructura duradera en la que el historiador precisará en cada momento histórico los *contenidos sucesivos*, más coyunturales, que se apoyan en aquel trasfondo etno-cultural persistentes. A mi entender, el carlismo, por ejemplo, puede ser considerado desde esta perspectiva teórica: Campesinos y montañeses ocupan las regiones rurales vascas y los altos valles navarros, catalanes, valencianos. Uno de sus rasgos es el *rechazo del centralismo estatal*. La

exigencia del mantenimiento de los *fueros*, derechos colectivos de que gozaban frente al rey algunos de sus antiguos dominios, es evidentemente una nostalgia del Antiguo Régimen. Pero expresa también un vivo sentimiento de libertades y de solidaridades seculares, ligado a las particularidades de lengua y costumbres. Hoy establecemos una filiación sin matiz entre carlismo y nacionalismo vasco (se opondrán en 1936), pero no subestimamos el *hecho de larga duración* que, en las mentalidades populares, subyace igualmente bajo ambos fenómenos. El problema, para el historiador, es precisar qué *contenidos sucesivos*, sociales y políticos, se dan en la reivindicación de un fondo etno-lingüístico común, en una conciencia de grupo.

La idea de la “continuidad en el cambio” con que caracteriza lo “nacional” nos podría llevar a una historia “nacional” eternamente “retrotraída” en busca de los orígenes, incluso más o menos míticos. ¿Qué consideración le merece el tema?

Las historiografías “nacionalistas”, más o menos románticas, han hallado en esta “larga duración” de sus pueblos un fundamento para la “fabulación” o la investigación de “prehistorias” nacionales, tratando de desvelar las raíces últimas de la colectividad. Aunque podemos admitir que ha existido una “etno-génesis” de las naciones (hace unos años pude asistir en Albania a un Congreso que abordaba el tema), hay que subrayar también que la comprensión real (en cualquier tiempo lejano e incluso prehistórico) de *un pasado*

viviente, en el sentido expuesto anteriormente, resulta problemática en muchos casos. Dudo, por ejemplo, que sea posible esta “prehistoria” en el caso de Cataluña, al contrario de lo que se puede sospechar respecto de Euskal Herria: Constató aquí que el sentido de “lo inmemorial”, la pasión por las “raíces”, la originalidad excepcional de la lengua, dan una importancia considerable, en la conciencia cultural actual de este pueblo, a los hechos más primitivos. No cabe duda de que los datos objetivos de esa “protohistoria” que han contribuido también a la formación de tal conciencia, y a su vez esta misma conciencia, estimulan al historiador a nuevas investigaciones. Es de desear que la posible historiografía acerca de la “etno-génesis vasca” evite el peligro de un reduccionismo racial, empobreciendo, de ese modo, el originalísimo “hecho etno-cultural” vasco-aquitano que nos ha dado alcance, vivo, desde la Prehistoria hasta hoy. Hay aquí una realidad que el historiador no puede dejar de lado con la excusa, cómoda, de los peligros míticos.

En efecto, la continuidad y el cambio, que quieren decir tenacidad en la tradición y capacidad de adaptación y asimilación, se han conjugado de forma sorprendente en la historia de Euskal Herria. Lo que ha podido ser, quizá, un factor decisivo en su supervivencia secular, contra el dato sin duda adverso de no haber dispuesto de un Estado nacional propio y común para todos los vascos desde, al menos, la Baja Edad Media. Frente a unas superestructuras débiles, e incluso impuestas con objetivos colonialistas, el pueblo vasco ha demostrado poseer unas estructuras etno-culturales firmes que han salvado la personalidad de Euskadi; pero esto no significa que el

País no haya padecido desfases penosos entre lo que su ser más profundo demandaba y las soluciones más o menos coyunturales, que prosperaban en cada momento al socaire de imposiciones o aceptaciones más o menos forzadas.

Todo ello parece sugerir que el propio cuerpo “nacional” se configura como una comunidad humana cargada de tensiones y, quién sabe, si incluso de contradicciones. La actualidad misma de Euskadi se nos antoja un reflejo contemporáneo de lo que tal vez es comprobable en la historia. ¿Qué dirá de todo ello el historiador?

Los desajustes estructurales/coyunturales no suelen ser, exclusivamente, producto de coacciones armadas exteriores: el grupo, incluso poseedor de una expresa conciencia “nacional”, puede ser una *caja de resonancia* de pacíficas propuestas exteriores en las que cada clase o sector social hallará seguramente un atractivo diversamente matizado. En este punto, es obligado volver la atención hacia las *contradicciones* internas que toda comunidad “nacional” lleva en su seno. No es, pues, de extrañar que surjan desfases (enervantes para los propios protagonistas y difícilmente descifrables para el historiador) en el ritmo de desarrollo de lo material y lo cultural: tonos desacordes en la concienciación “nacional” de las clases sociales; sintonías y atonías, por ejemplo, frente a un proyecto de futuro común, en los vanos territorios de la misma comunidad “nacional”; falta mo-

mentánea o duradera de correspondencias entre las vivencias culturales populares y la creatividad de las élites...

Precisamente es en estos “biorritmos” desajustados donde reside una de las grandes dificultades de la labor del historiador al querer registrar estas coexistencias: ¿Cómo entender, de forma matizada y cada vez más real y profundamente histórica, las polivalencias y divergencias de temple en la “vivencia nacional” de cada grupo? Desvelar esta interrelación de los individuos o clases sociales entre sí y en relación con la génesis de la comunidad “nacional” es una ardua y excitante tarea del amante de la investigación histórica.

Llegados a este punto parece obligado mentar ya un problema de investigación que ha preocupado de forma expresa a teóricos de la metodología y a investigadores: ¿Cómo debe entenderse el entreveramiento de las realidades sociales de clase y aquellas otras “nacionales” que afectan, aunque desigualmente, a toda la colectividad?

De entrada podría pensarse que tal vez en cada pueblo, en cada momento histórico de ese pueblo o desde cada clase social del mismo, los valores “etno-culturales” han podido ser asumidos con objetivos y modalidades distintos e incluso antagónicos, lo que nos llevaría inmediatamente a preguntarnos cuál pueda ser el papel o los papeles que hayan podido corresponder a cada clase a lo largo del proceso nacional.

Por otra parte, no hay que pensar que dentro de la historia de las clases sociales no existan ambigüedades que habrá que ir aclarando con un análisis más ajustado a la realidad histórica y con una conceptualización más precisa. En efecto, ¿no es verdad alguna vez, como en la Cataluña de 1900, que todo joven se cree anarquista, que todo anarquista quiere ser intelectual, que todo artista se viste con las insignias de la bohemia, que todo gran burgués ejerce de mecenas? Al avanzar en los siglos, generalmente la sociedad gana en complejidad, riqueza y, también, en equivocidad; y las formas de creatividad del cuerpo social (instituciones, arte productividad) asumen en cada momento aquéllas, sin excluir naturalmente las contradicciones de clase.

¿Cómo pueden entenderse, desde la historia, las relaciones entre lo social y lo nacional, entre conciencias de grupo y conciencias de clase? Puede ser un buen objeto de estudio para el historiador.

Durante años hemos trabajado en ello en nuestro seminario de la “Ecole des Hautes Etudes”, con oyentes colaboradores de Europa, los Balkanes, Oriente Medio, Africa del Norte y, sobre todo, de América Latina, sin olvidarnos de Francia o España. Acogiéndonos también al origen de mis propias aportaciones, hemos examinado los casos catalán y vasco, los más agudos en un pasado próximo, y de un presente aún agitado. El tema lo merecía, creo.

En esa búsqueda comparativa de datos, ¿cuáles serían las conclusiones a que se han aproximado o llegado?

Hemos visto que quierase o no, el proyecto nacional de un momento histórico tiene en sí, inevitablemente, implicaciones de clase. Recuérdese, por ejemplo, la expansión mediterránea de la “Corona de Aragón”, con una clase mercantil poderosa, o si se quiere, en un ámbito geográfico y temporal más próximo, la revolución industrial en el País Vasco, con un grupo minero, naviero y financiero potente. No porque el dato sea ya un tópico debe ser olvidado por el historiador.

La ideología que afirmaba una comunidad de intereses que iría desde el soberano al último de sus súbditos ha sido a menudo eficaz pero siempre engañadora: *esconde las contradicciones de clase* Por tanto, el nacionalismo puede transformarse en instrumento de dominación de una clase, e incluso puede serlo sucesivamente de clases antagónicas Los nacionalismos de los siglos XIX y XX, nos muestran, por otra parte, que en cada caso caben aportaciones enriquecedoras de clase, en cuantía y proporción diversas, en los movimientos nacionalistas. Termes ha subrayado la presencia popular y obrera en los orígenes del catalanismo; no obstante el primer gran éxito del catalanismo (1906) tuvo lugar bajo el liderazgo de la burguesía, al descubrir ésta, aunque tardíamente, que el nacionalismo podía venir a ser el instrumento de su propia dominación. Queda-

ban aún lejos los logros del catalanismo de izquierda de los años treinta.

Y ¿qué se podría decir de otro tema de estudio no carente en absoluto de interés? ¿Cómo pasa un movimiento de concienciación y liberación nacional desde el nacionalismo “burgués” y conservador a otro popular y obrero?

Sí, el fenómeno es conocido: por ejemplo, ¿con qué datos podemos explicar el reagrupamiento “nacional” de la burguesía catalana entre los años 1898-1906? Una *ideología nacional* no es jamás o totalmente hipócrita o totalmente sincera, al establecer su pensamiento y su política entre los objetivos nacionales confesados y los intereses de clase, menos confesados, que haya elegido. Se encuentra siempre más o menos asociada a una imagen ideal de grupo, a un proyecto de sociedad por realizar en el marco nacional, y este proyecto, en una sociedad de clases, no puede ser el mismo para todos los hombres.

Elaborada por *intelectuales*, la ideología nacional es adoptada, y adaptada, por *políticos*, que la traducen en propagandas y en programas, sin que los primeros sean forzosamente conscientes de las derivaciones que podrá tener el instrumento por ellos forjado, ni los segundos muy clarividentes sobre los posibles virajes de ese instrumento contra sus proyectos de clase. El mecanismo de este paso de la ideología a la política merece también la atención del historiador.

Proyecto nacional, intereses de clase... Es decir, aflora aquí un tema de agrios debates: ¿Es “burgués” todo nacionalismo? ¿Puede tener cabida también en la izquierda el pensamiento y conciencia nacionalista?

El nacionalismo no es “burgués” por naturaleza: pero como queda sugerido, en la evolución del fenómeno, puede existir un *momento burgués*, es decir, un momento en que la burguesía como clase (lo que no significa toda la burguesía, sino la capa más consciente y organizada) ha creído conveniente encabezar un verdadero nacionalismo, esbozar una teoría, proporcionarle los *medios* (partidos periódicos, etcétera). Y en ese momento surge la pregunta. ¿Cómo reaccionarán *las otras clases*? ¿Aceptarán este liderazgo? ¿Lo criticarán en nombre de las contradicciones de clase, como lo ha hecho más de una vez la clase obrera?

Desde otra perspectiva: Algunas capas intermedias (campesinos, empleados, intelectuales), si encuentran en el nacionalismo el lugar de expresión de sus insatisfacciones diversas, ¿no echarán en cara pronto al nacionalismo burgués organizado sus prudencias, sus retrocesos y, finalmente, sus “traiciones”? Aunque las “rectificaciones”, que la acción presta al lenguaje, existan en la cumbre de la “burguesía”, éstas no deben hacernos creer necesariamente en un maquiavelismo bien meditado. Este caracteriza, sin duda, las muy altas políticas; pero podemos dudar, por ejemplo, que se haya dado,

bajo esa forma de cálculo bien premeditado, en Cataluña. Cuando Cambó, el 15 de abril de 1917 recurre en Donostia “por encima de las fronteras” a la unidad de los pueblos vasco o catalán, en términos que no desaprobaba el más exaltado de los independentistas, era sin duda sincero. Menos de un año más tarde entra en el Ministerio Maura. La cruel fórmula de Alcalá Zamora “No se puede ser a la vez el Bolívar de Cataluña y el Bismarck de España” resume muy bien aquellos sueños contradictorios, no necesariamente maquiavélicos.

Ante el panorama de esas contradicciones, ¿cuáles cree Ud. que pueden ser los datos críticos con que podríamos valorar la fase del nacionalismo burgués?

En Cataluña se ha recordado sin indulgencia, incluso en el seno de la masa democrática que inspira hoy la idea catalana, aquella etapa del “nacionalismo burgués” y se recuerdan las “traiciones” que protagonizó éste en fechas señaladas (1918, 1923, 1931, 1934, 1936). En efecto, en momento de crisis social aquel “nacionalismo burgués” halló una y otra vez su punto de engarce con Madrid: las contradicciones no eran, pues, antagónicas.

Sin embargo, la etapa burguesa puede jugar un papel propio en el fenómeno del nacionalismo, al menos así se ha demostrado en el caso catalán: ha hecho del catalán la lengua de todas las clases, ha creado una red de relaciones, de difusión, de lugares de cultura, con-

dición para una primera movilización de los espíritus Pero como el éxito “nacional” no supone por necesidad éxito social, la evolución social de la comunidad puede poner al descubierto las insuficiencias y debilidades del “nacionalismo burgués”, y entrar en crisis su protagonismo al no poder asumir las nuevas demandas de la conciencia nacionalista de las clases populares. Se abre, de este modo, una nueva fase del proceso histórico nacionalista, la de un *nacionalismo popular*.

Pero ¿es Ud. optimista en relación a los intentos de elaborar un pensamiento nacionalista de izquierda?

El paso a esta nueva fase no suele carecer de vacilaciones y malentendidos, ya porque la confrontación social no facilita sin más la lucidez política del movimiento obrero frente a los valores no específicamente de derecha (positivos, algunos) de los nacionalismos “burgueses”, ya también –hay que constatarlo aquí– porque los teóricos de la izquierda no siempre han suministrado los mejores instrumentos de reflexión para tales coyunturas de cambio. Por ello, puede ser el momento de señalarlo, en los orígenes y en el desarrollo del PC español, los problemas catalán y vasco han estado en el origen de muchas actitudes dubitantes, de muchas dificultades, mientras los catalanes Maurín, Nin o Arquer lograban formulaciones originales del problema nacional. Como comprobación personal, recuerdo que fue en las Ramblas barcelonesas donde, por pri-

mera vez, compré y leí los textos fundamentales que precisan el pensamiento marxista sobre los problemas de la nación, y no en las aulas de las Universidades francesas.

Lo dicho alude a las minorías pensantes (intelectuales dirigentes políticos...), pero, ya que el nacionalismo es, además de un pensamiento, un movimiento social, qué puede decirse de los procesos populares de concienciación nacional?

No es extraño tampoco que se sufran parecidos entorpecimientos para la comprensión del “hecho nacional” también por parte de la clase obrera, porque las clases más desasistidas, y muchas veces etno-culturalmente más desarraigadas (emigraciones de todo género), han padecido de forma más monolítica el adoctrinamiento educativo ofertado desde un Estado centralizado, definido como Estado-nación.

La concienciación popular acerca de “hechos nacionales” con diverso grado de cohesión y fuerza, y que nunca se han dejado absorber totalmente por entidades políticas supranacionales, halla en las mentes la “evidente” objeción de no gozar aquéllos de un Estado propio, configurado a su medida justa. En efecto, ¿qué pensar cuando las “Naciones Unidas” encuentran natural conceder un sillón, una voz, a Islandia o a las Seychelles, y no encuentran justificado alterar el orden existente, ofreciendo un asiento al Quebec, a Catalunya o a Euskadi? Evidentemente, esa política internacional no

colabora a la concienciación de las minorías nacionales.

Todo ello nos hace la pregunta más acuciante: ¿Cómo pasa por tanto, un colectivo nacional minoritario, protagonizado por la burguesía o la clase obrera, de una autocomprensión regionalista a poseer por fin una conciencia nacionalista que reclama constitución nacional propia? ¿Cómo respondería la historiografía de hoy?

Sin querer dar una respuesta cabal al tema yo reflexionaría desde algunos “casos”.

La Historia ofrece muchos episodios de disolución de Estados plurinacionales, y el historiador lo sabe. No obstante, la acritud de ciertos debates, como el habido entre Bosch Gimpera y Menéndez Pidal en 1937, muestra bien el “tour de force” mental que la mera evocación de tal conocimiento, referido en este caso al futuro, demanda. Además, esa acrimonia es, quién sabe, indicio complementario de la percepción que el historiador posee de la “endeblez” de tales Estados e, incluso, de que el futuro de otros pueda ser concebido con fórmulas que no se corresponden obligatoriamente con los Estados jacobinos modernos vigentes. El problema consiste en saber, en materia de nacionalidad, si el fondo etno-cultural de un colectivo, en su contenido global, no es más significativo que las estructuras políticas institucionales, particularmente cuando éstas han sido generadas desde el exterior, con más o menos claro propósito

colonizador.

La inteligencia de esta bipolaridad (Nación/Estado) no ha sido, desde luego, sencilla para quienes lo han contemplado desde una perspectiva histórica. El gran Capmany (político, economista e historiador al mismo tiempo), en los umbrales de la España liberal, llegó a hablar de los catalanes “reunidos en pueblo, en comunidad nacional”: teorizó sobre conceptos de ‘patria”, “nación” y “comunidad”, e implícitamente inventó la fórmula que florecería a mediados del XIX: “España es la nación, Cataluña es la Patria”. Una distinción peligrosa para una nación Estado. En menos de cien años la fórmula terminaría siendo otra: “España es el Estado, Cataluña es la nación”.

Por lo demás, es oportuno no olvidar que los “renacimientos” nacionalitarios no se circunscriben a la Península Ibérica. Muy al contrario, cualquier atlas político histórico de este mismo siglo XX nos muestra la febricitante variabilidad de las fronteras interestatales en Europa y en el mundo colonial extraeuropeo. En los mapas de mi infancia (1906-1914), e incluso en los de mi juventud universitaria (1925-1930), el “imperio británico” parecía un fenómeno fundamental; África estaba completamente coloreada con la “presencia francesa”, y la “exposición colonial” de París (1931) definía una Francia de “cien millones de habitantes”. ¿Dónde están hoy en día esas pretensiones? Los Estados-naciones-potencias, que podían parecer, a los hombres de 1900, la última palabra de la evolución histórica y el único marco posible de las fuerzas y de los conflictos, para el siglo siguiente, han dejado de serlo. Sus substitutivos soviéti-

co o americano son ya de otra naturaleza¹.

La historiografía actual -testigo silenciosa y privilegiada de este trastrueque planetario en el lapso de una generación- dispone, por tanto, de todo un cuestionario de preguntas, contemporáneas y vivas, que puede dirigir ella, reformulándolas, al pasado en que oleajes entrecruzados de pueblos en gestación y poderes constituidos han levantado, alterado o destruido Estados e Imperios.

Ha hablado Ud. de “renacimientos” nacionalitarios, de alteraciones estatales: ¿a qué factores de cambio opina Ud. que debe referirse como elementos históricos explicativos?

Los hechos institucionales señalados, que no por coyunturales pueden ser considerados banales, ya que en ocasiones son los que han “salvado” el “hecho nacional” o han posibilitado florecientes desarrollos nacionales, han brotado de tomas de conciencia vigorosas que han venido precedidas y/o acompañadas de renacimientos culturales de rasgos específicamente nacionales y reivindicativos. Es, pues, obligado atender, al menos, al significado de estos dos elementos (cultura y conciencia nacional) como motores de los cambios políticos mentados.

1. Recuérdese que la entrevista es de 1985, anterior a la disolución de la Unión Soviética. (N. del E.)

Ha aludido hace poco a la cultura como una selección integradora, en el presente, de vivencias pasadas. Creo recordar que ha escrito, en alguna ocasión, que esas referencias culturales que manan del pasado (originalmente tal vez creaciones individuales) terminan inscribiéndose también en un paisaje y en la vida colectiva de la comunidad, antes de que la erudición las haya catalogado como obras valiosas y fechado como monumentos históricos. ¿Cómo relacionaría Ud. la creación extraordinaria y la vivencia cotidiana?

Junto a las obras acabadas que enriquecen, con su calidad de lo extraordinario, la cotidianidad, está todo aquello que con su reiteración define todavía más indeleblemente la personalidad colectiva de un pueblo: los modos del amor, las formas diarias de dependencia en el trabajo, los hábitos alimentarios o los horarios de cada jornada de vida: todo ello es, por lo menos, historia tan significativa como los éxitos literarios o la sublimidad reconocida de una bella catedral.

Desde otra perspectiva, podemos recordar también que se olvida con demasiada facilidad que en la cultura no todo es intelectual y que la gastronomía, por traer un ejemplo cualquiera bien conocido, puede ser también un signo cultural que contribuye a compactar el grupo en su interior y lo lleva a expresarse, de manera caracterizada, al exterior.

Al hablar Ud. de la cultura como elemento expresivo se me ocurre recordarle la atención que ha prestado Ud., repetidas veces, a la lengua como factor configurador del hecho nacional y por consiguiente de la expresividad cultural comunitaria.

Sí, donde la expresividad nacional adquiere un rasgo de verdad sustantivo es en el idioma. La lengua, a parte su valor caracterizador, puede aportar, al menos, tres niveles de continuidad: el temporal histórico, generalmente plurisecular; el espacial, que trasciende a veces compartimentaciones geográficas o políticas, y el social, por el que el curso social puede gozar de una cohesión etno-cultural por encima de las clases y frente a otras comunidades etno-lingüísticas.

La lengua es hija del *gran número* (del uso del pueblo) y de la *larga duración*. Por ello, el empeño conmemorativo de datar los orígenes de una lengua a partir de sus primeros *escritos conocidos* (valgan como ejemplo las “Homilias d’Organyà” para el catalán o las “Glosas Emilianenses” para el castellano) no deja de ser un absurdo: En efecto, no debe confundirse un documento testimonial, cualquiera que sea su significación social, con el habla comunitaria y diaria del pueblo catalanoparlante o castellanohablante. Es precisamente, en las relaciones comunitarias del idioma (que, además, en muchas naciones puede ser propio y hasta exclusivo) donde viene a nacer la condición primera de toda vida intelectual original.

¿Qué decir, pues, de la toma de conciencia política de la lengua, bien en contextos de crisis “nacional”, bien en procesos coloniales de sustitución lingüística?

Aunque el criterio político de la lengua sea un descubrimiento romántico, la fuerza comunitaria de ésta y la conciencia de la misma (más o menos velada o explicitada según los casos) sí han dado a luz, en momentos señalados de la Historia de los pueblos, criterios culturales innovadores que conjuntaron armoniosamente historia, lengua y cultura. De esta manera, el Dante o Lull revelaron tempranamente la potencialidad original de dos comunidades romances recién nacidas: sus obras literarias no eran sino la aguja sutil de un cuerpo de iceberg, inmenso y nuevo, que avanza lentamente desde siglos atrás. Pero, paradójicamente, puede ser en momentos de crisis, opresión o suplantación colonial cuando la voz queda del idioma muestra más tercamente su perdurabilidad histórica como hecho nacional resistente: las plumas literarias callan tal vez, pero los labios siguen expresándose, con una validez testimonial evidente. Nuria Sales nos lo ha dicho, describiéndonos el caso del catalán en el siglo XVIII: El catalán no vino a ser una “lengua decadente”, porque los que lo hablaban antes lo siguieron haciendo.

Gracias a ello, cuando llegó la Renaixença, el catalanismo pudo entender la lengua del pueblo como signo grupal de valor nacional e incluso político. Esto, por una parte, supone retomar la línea medieval del “patriotismo lingüístico”, reflejado, por ejemplo, en la

crónica de Muntaner (1325-1332), y por otra, conectar con las ideas efervescentes de la Europa de las “nacionalidades” que reivindicaba el cambio de status social y político de las lenguas nacionales sin Estado. De esta manera, las reavivadas o descubiertas conciencias nacionales hallaron un *leitmotiv* señalado de su pensamiento y praxis política: la reivindicación nacional política de la lengua. Hasta tal punto es, a veces, real este sentido reivindicativo, que el idioma puede venir a ser no sólo un objeto de las demandas políticas, sino también un instrumento cuyo mero uso expresa la reivindicación global de la personalidad nacional: en tales casos, la voz de la oposición habla en el idioma nacional para subrayar su distancia ante el poder y su coherencia interna. Esta conducta hace buena la afirmación aranista (S. Arana) de que no son las lenguas las que salvan las patrias, es más bien el patriotismo el que salva las lenguas.

En este contexto, el factor lingüístico deviene un elemento identificador de “lo nacional” y puede ser instrumentado, más o menos expresamente (renacimientos literarios nacionalistas), como motor dialéctico movilizador de la comunidad.

El idioma, como ratificación máxima de todas las singularidades propias (donde tal rasgo exista), coadyuva también —en una determinada coyuntura socio-política— a que cristalice una “conciencia nacional” que puede llegar a ser, de verdad, la palanca decisiva del cambio político. Así pues, el estudio histórico de los nacionalismos (en aquellos, repitámoslo, en que tal rasgo haya existido) reclamará un examen atento del papel jugado por el hecho lingüístico como creador de esa conciencia, porque es sólo en el seno de esta con-

ciencia donde el “hecho nacional” se transforma en fuerza política. Es, por tanto, pertinente un breve comentario referido a esa “conciencia nacional” como componente del hecho etno-cultural.

¿Cuál sería su análisis de lo que la “conciencia nacional” significa en el contexto más general de cualquier “medio nacional”?

Los “hechos nacionales” podrían ser descritos desde los resultados del juego entre los rasgos objetivos del grupo humano y la autoconciencia que de los mismos posea éste (nuevo rasgo del “hecho nacional”, en este caso subjetivo). El juego de interacciones de objetividad y subjetividad (no olvidemos, sin embargo, que la subjetividad posee también su propia entidad objetiva) aporta una nueva dinamicidad para el cambio histórico, porque la historia de las conciencias de grupo no queda configurada una vez para siempre y, para su preciso conocimiento histórico, hay que seguirla paso a paso. La historicidad cambiante del “hecho nacional” es en esta conciencia colectiva más evidente que en los otros trazos del mismo (formas de vida, cultura, lengua, etc); pero esta nueva dimensión “psicológica” de lo “nacional” que protagoniza ahora los cambios aparece en *hechos* que tienen *nombres*, vienen a ser *causas*, son también *consecuencias*: algunos de estos factores imponen –o al menos proponen– permanencias o tendencias; otros, lentas evoluciones; otros, finalmente, virajes bruscos. El quehacer del historiador está en la re-

construcción de las combinaciones entre las cosas y los seres, entre la materia y los espíritus en las diversas temporalidades que afectan a cada uno. Elementos estructurales, y otros más o menos coyunturales, contribuyen a la concienciación nacional de los grupos etno-culturales; de dichas causas, unas son endógenas al grupo, en tanto que otras pueden provenir desde fuera, como estímulos, favorables o adversos, pero estímulos al fin.

Algo ha aludido anteriormente a los elementos objetivos más duraderos del “hecho nacional”. ¿Qué se podría decir acerca de factores, más esclarecedores, de aspecto claramente coyuntural, en relación precisamente con la “conciencia nacional”?

La concienciación de grupos reducidos o del colectivo nacional, en general, suele darse como respuesta a circunstancias coyunturales históricas que hayan generado desencantos frente a proyectos colectivos ya fracasados (la crisis de 1898, para la burguesía catalana), o frente a esperanzas más prometedoras de enderezamiento del futuro de la colectividad nacional por nuevas vías socio-políticas (se podría aludir, como ejemplo más familiar y conocido, al debilitamiento y derrota del Imperio Austro-Húngaro y al paralelo fortalecimiento y éxito de las nacionalidades del mismo: Bohemia, Hungría, etc).

Aunque, a la salida (incluso bélica) de una de estas crisis de las

formaciones políticas existentes, la solución arbitrada pueda revestir el carácter de espectacularidad de un Congreso de Viena (1814) o de las reuniones de Paz de Versalles (1919), la coyunturalidad de los factores reales de cambio en los procesos nacionales no puede reducirse a aquélla y tiene rasgos menos puntuales, más duraderos.

Permítame, Sr. Vilar, traer aquí la referencia a dos elementos (en cierto sentido, creo que uno único) que podría sospecharse que han sido utilizados lo mismo para frenar de forma eficaz el autoconocimiento de los grupos nacionales, que para hacer avanzar la concienciación nacional de los mismos. Me refiero a la historiografía nacional y al sistema educativo, que aparecen estudiados en varios trabajos suyos. ¿Qué constataciones históricas haría Ud. acerca de la función nacionalitaria de la educación?

Es en el sistema docente donde suelen ser más eficazmente programados los contenidos, recursos y objetivos educativos de una sociedad. Las psicologías colectivas, materia sin embargo resistente, son susceptibles de modificación, a veces rápida. Recorro una vez más a mi propia experiencia. Si yo había ignorado que existiera una cuestión catalana, occitana o vasca, es porque los problemas de “nacionalidad” no incluidos en el Tratado de Versalles no entraban prácticamente jamás, en Francia, durante el primer cuarto del siglo XX, en los temas de información y educación. La confusión Esta-

do-Nación, tanto para España como para Francia, formaba parte de las verdades establecidas. Un ejército de maestros nos inculcaba (y quiero precisarlo: sin autoritarismo, sin menosprecio para la tradición) una ideología francesa, patriótica, republicana, mientras que todo “provincialismo” era considerado en cambio como una nostalgia del “antiguo régimen”. Me encontré involucrado en un proceso clásico: “ascendido” a París, integrado sin problemas en la Universidad “nacional” donde historiadores y sociólogos en primer lugar se situaban fácilmente en la línea jacobina. Era claro que el sistema vigente tenía sus “programadas” ignorancias. Y, sin embargo, el historiador disponía de un pasado, del que se supone que posee un conocimiento científico capaz de evitar el escollo de estas manipulaciones por parte del sistema educativo.

Por eso hechos colectivos como el desarrollo de las “ikastolas” en el País Vasco muestran una clarividencia perfecta como signo e instrumento de una voluntad de resistencia a aquella programación. Generalmente hechos de esta envergadura social vienen precedidos de la recuperación por los intelectuales y sectores sociales tempranamente concienciados, de una autonomía de pensamiento al servicio de una clarificación de la conciencia colectiva de nación. No es extraño que esta concienciación vaya acompañada por una reflexión global sobre la identidad histórica y social del grupo, reflexión que opera en sentido contrario a la manipulación educativa a que se ha aludido.

Y ¿qué decir en este contexto, de la Historiografía como elemento coyuntural de cambio?

En esta fase de cambios, la evocación del pasado juega también un papel educativo concienciador. El historiador actual puede hallar aquí un objeto interesante de estudio: Hay que conocer los ecos lejanos de pasados episodios históricos, para captar las maneras a veces extrañas a través de las cuales una “cultura” *se hace eco, transforma, deforma* la Historia. En efecto, el profesional de la Historia, al examinar un proceso de concienciación nacional, debe atender en este punto la forma en que la historiografía “nacionalista” (elaborada tal vez más o menos “ad casum”) ha operado en el cambio de la autopercepción del grupo nacional y el nacimiento de la nueva conciencia resultante. Se trata de examinar los contenidos, pero sobre todo los mecanismos socio-históricos de una toma de conciencia histórica, por parte no tanto de los profesionales sino de la comunidad como tal.

Por otra parte se trata, además, de que el historiador actual (conocedor tanto de las manipulaciones de información de que adolecen los sistemas de los Estados-Nación y las comprensibles, aunque no aceptables, *mitificaciones* reivindicativas de las historiografías “nacionalistas”) busque una *justeza en su visión histórica* como mejor servicio a la *justeza de las aspiraciones* nacionales minoritarias aun a sabiendas de que todo movimiento nacional liberador se apoya en el doble pilar del “hecho”, y del mito y la utopía.

Al mentar el papel de la historiografía en la concienciación nacional, aludimos -creo- implícitamente también al rol de una minoría intelectual que abre el camino al proceso de cambio. ¿Cuál sería, en realidad, el papel de esa “inteligentsia”?

Construcciones de intelectuales o activismo de jóvenes, no son sino señales tempranas que aparecen en las horas primeras de todo “movimiento nacional”. Pero este anticipo adelantado de los intelectuales, anticipo que presagia tomas de conciencia más colectivas, no se consigue sino penosamente, a través de una redistribución lenta de los juegos sobre el tapiz de las propias “pertenencias nacionales” del intelectual. Bien se podría recordar aquí, como ejemplo dentro del Hexágono, la historia personal del ensayista Robert Escarpit, especialista en ciencias de la comunicación, que en su madurez ha lanzado una protesta occitana contra las pretensiones parisienses.

El pensamiento de los intelectuales (siempre minoritarios) abren generalmente el pórtico al movimiento nacional comunitario, y si aquél no alcanzara el eco social colectivo, el potencial movimiento se habría reducido a un culturalismo más o menos brillante. Mistral, a pesar de la prolongación hasta cerca de 1910 de su esfuerzo lingüístico y de su prestigio personal, cambió poco la suerte del occitano: pero Guimerà o Verdaguer, que en sus comienzos florales pudieron ser un mero signo, terminaron recogiendo en su obra las fuerzas y contradicciones de su tiempo. En el eco que ésta halló en

la comunidad catalana, estuvo el éxito de su trayectoria intelectual.

Se entra, así, en una nueva fase: se impone en el proceso el hecho histórico global, hecho visible a través del hecho político. De aquella afirmación individual de la nacionalidad se pasa a la conciencia colectiva de comunidad comenzando por perfilarse como una mera conciencia sentimental, hasta desembocar en una conciencia más intelectual que se basa también sobre *hechos, objetos, gestos concretos*, frases repetidas y que, sobre todo, se expresará por *obras personales*.

¿Cómo describiría la perspectiva con que el historiador puede mirar la sucesión de estos cambios?

Se puede decir que, en primer lugar, deberá ir descifrando el hecho histórico concreto de cada proceso, captado en los instantes sucesivos en que desde la conciencia nacional incipiente, a través de la elaboración de una ideología nacional, se pasa a formular, primero, y ejecutar después, un programa político, con la utilización de unos mecanismos sociales cuya puesta en práctica debe ser examinada pormenorizadamente.

Ya se sabe que el dinamismo con que se operan estos cambios apenas se ofrece sin tensiones y que con frecuencia presenta aspectos de acciones armadas. Todo ello no es sino reflejo obvio de las profundas y violentas contradicciones nacionales y sociales entre los

diversos niveles de realidad con ritmos distintos, mentalidades contrapuestas y proyectos comunitarios antagónicos que pugnan por sobrevivir o sustituirse mutuamente. En tanto no lo entienda así el historiador, y el político también en su caso, es evidente que la realidad histórica de esos momentos seguirá siendo una incógnita ininteligible.

A propósito: Con la lucha política es claro que existe una manipulación de imágenes tópicas acerca de los pueblos ¿Pueden incidir en algún sentido en el desarrollo de la “conciencia nacional”?

Supongo que la pregunta puede referirse a la “conciencia exterior” que del hecho nacional de un pueblo pueda tener el adversario. También la inercia de los tópicos, la propaganda prefabricada, o la literatura más o menos programada “crean” con su acción la personalidad de la nación negada y/o combatida. En 1849 el general Fernández de San Román concluía un artículo con la afirmación de que los catalanes eran “una raza insubordinada”, según lo testimoniaba toda su historia. En realidad, el buen general no hacía sino retomar el estereotipo del “catalán feroz” del siglo XVII, estereotipo de rasgos profundos e incluso “culturales”. Estos retratos elaborados “fuera” son, en cierto sentido, el negativo de la “conciencia nacional” y pueden ser peligrosamente eficaces a la hora de dar salida a los conflictos de liberación nacional. El historiador tiene aquí un

campo amplísimo de análisis que no habría que desestimar o ignorar, dada la relevancia histórica que pueden llegar a tener, taponando incluso las soluciones de futuro que teóricamente se vislumbrarían.

Refiriéndome más directamente al mundo europeo, el historiador, desde su atalaya del pasado, ha podido observar las vicisitudes de muchos “casos nacionales”. A la luz de esa historia ¿qué consideraciones haría Ud. acerca del futuro de naciones como la vasca?

Digamos, en primer lugar, que los movimientos nacionales pueden entenderse no sólo como el resultado dado por una historia pasada (como un resultado caduco ya y más o menos anacrónico, tal como a veces se suele sugerir), sino también como un *proyecto* que presagia y prepara un futuro distinto.

La historia de los últimos cien años en Europa, y en el ancho mundo, está ahíta de pruebas que mostrarían la debilidad de aquella presunción. Pero el futuro de las nacionalidades puede estar, en la Península Ibérica, lleno de vacilaciones y contradicciones, porque las fórmulas de la “transición” española parecen a veces obedecer a la atracción de modelos seductores, viejos o modernísimos, pero ceden en ocasiones a los modelos más tradicionales, heredados del 1898 o del 1940.

Tal como podríamos esperar, la utilización del “concepto” de autonomía (una fórmula jurídica puede ser “conceptual”) puede ahogar, en la confusión, la existencia de las “nacionalidades”, y éstas pueden llegar incluso a desarrollar gestos de revuelta que lleguen a identificarlas como seres reales.

Podemos soñar en un siglo XXI en que estos seres reales serían *reconocidos*, en un mundo unificado de tal manera por las comunicaciones, que si el hombre quiere guardar en el mismo una personalidad, le hará falta conservar el sentimiento de una pertenencia. En un mundo así, las lenguas y las ligaduras históricas podrían retomar, lejos de las viejas divisiones nacidas de la “*condenada historia*” (la de los acontecimientos) el papel más humano de la intrahistoria. Unamuno, que captó muy bien esta distinción, desgraciadamente escogió un itinerario inverso. ¿Cómo reprochárselo? *Vivió con su tiempo.*

Y si nos aventuráramos a “intuir” desde la Historia, qué se podría decir del futuro de los pueblos de esta Península Ibérica?

Contemplo con bastante claridad, en una Península del siglo XXI, el reducto vasco, Pirineo atlántico, la línea galaico portuguesa al oeste, la masa castellano-andaluza cuyo pasado histórico y cultural sería, ciertamente, bastante grande para alimentar sueños y, en fin, en el Levante, los Países Catalanes, de Guardamar a Salses.

Se me dirá que, a fin de cuentas, he definido las “identidades nacionales” sobre los criterios de la cultura. Mi respuesta a la objeción sería escueta: Cuantos han intentado plantear los problemas nacionales han llegado ahí. Otto Bauer veía en la cultura el factor singular y *original* del hecho nacional, y reclamaba una “autonomía cultural” para las nacionalidades del Imperio Austro-Húngaro, pero se percató pronto de la insuficiencia de ese proyecto, cuando las “nacionalidades alógenas” de la Unión Soviética fueron invitadas a darse por satisfechas con aquella. La traducción política de una aceptación de las diferencias culturales no es forzosamente la misma en todos los sistemas sociales, y en cada momento histórico habrá que arbitrar la solución más adecuada. El problema será siempre cómo hacer compatibles el largo pasado histórico y las urgencias de un presente coyuntural, ardiente y combativo, abriendo vías de solución para el porvenir. Y en este proyecto el diálogo entre historiadores y políticos podría proporcionar sugerencias útiles y complementarias.

En ocasiones los nacionalismos de pequeñas naciones son tachados de anacronismos históricos, restos decadentes y caducos del pasado pero carentes de futuro. ¿Cómo los ve un historiador?

Pienso que la conciencia de pequeñas y, al mismo tiempo, muy viejas “nacionalidades” puede ser la más “moderna” de las solucio-

nes, para superar a la vez lo que nos queda del bastante triste episodio de los “Estados-naciones potencias” de los primeros tiempos del capitalismo industrial, y de las amenazas de pretendidas solidaridades “internacionales”. El comportamiento de los Estados-naciones como potencias, entre 1850 y 1950, no merece forzosamente admiración, ¡mucho menos simpatía!

Por definición, la historia es cambio. El desencadenamiento de las autonomías en la actual reconstrucción de España, el renacimiento en Francia de las reivindicaciones etno-lingüísticas, sugieren que la Europa de mañana no tendrá necesariamente las mismas estructuras de grupos que la de ayer. Las afirmaciones pasadas del Estado-nación están minadas por el imperativo “supranacional”.

Esperemos que Euskadi, *en los desafíos que no han desaparecido*, encuentre una respuesta más de su cultura a la historia.